

nerster obligar al anemigo á permanecer quieto para tener también quietud en los cuarteles de invierno, y por otra parte no había bastantes municiones de guerra ni de boca para intentar ninguna operación algo larga. Por eso se resignó Napoleón á un mero amago hacia el Passarge inferior, y lo ejecutó el día 3 de marzo con los cuerpos de los mariscales Soult y Bernadotte, que pasaron el río, mientras el mariscal Ney, en Guttstadt, repelía impetuosamente al cuerpo enemigo dirigido sobre el Passarge superior. Perdieron los rusos en estos movimientos simultáneos cerca de dos mil hombres, y viendo comprometida su línea de retirada sobre Königsberg, se apresuraron á despejar el campo y á restituir la tranquilidad á nuestros acantonamientos.

Tales fueron los últimos hechos de esta campaña de invierno. El frío, que hasta entonces no se había hecho sentir, iba siendo cada vez más intenso; estaba ya el termómetro á ocho y nueve grados bajo cero. Llegaba el mes de marzo anunciando los fríos que debían haberse experimentado en diciembre y en enero.

Napoleón, que sólo á su pesar se había decidido á mandar las últimas operaciones, escribió al mariscal Soult: «Bien sé que uno de los inconvenientes de los movimientos actuales era ilustrar á los rusos acerca de su posición, pero ya me apremiaban demasiado por mi derecha. Resuelto á dejar pasar el mal tiempo y á organizar los medios de subsistir, doy por bien empleada esta lección que recibe el enemigo. Con la presunción de que le veo animado, creo que basta la paciencia para hacerle cometer los más crasos errores.» (Osterode, 6 de marzo.)

Si Napoleón hubiera tenido entonces bastantes víveres y medios de transporte para llevar consigo vituallas para unos cuantos días, hubiera inmediatamente terminado la guerra habiéndoselas con un enemigo que cometía la torpeza de dejarse caer sobre la derecha de sus cuarteles. De modo que toda la cuestión consistía, á su modo de ver, en un abastecimiento que le permitiese restaurar las fuerzas de sus soldados, enervados por las privaciones, y de reunirlos por unos cuantos días sin exponerse á verlos perecer de hambre, ó quedar la mitad rezagados como le había sucedido en Eylau. Las ciudades del litoral, y principalmente la de Elbing, podían suministrarle víveres para los primeros movimientos de su instalación, pero estos recursos no eran suficientes. Quería, pues, llevar allí grandes provisiones que bajasen desde Varsovia por el Vístula ó procediesen de Bromberg por el canal de Náckel, y fueran después trasladadas por tierra desde el Vístula á los diversos acantonamientos del ejército sobre el Passarge. Dió sobre esto las órdenes más detalladas, primeramente para reunir en Bromberg y en Varsovia las provisiones necesarias, y además para proporcionarse los medios de conducción con que debía terminar el transporte desde el Vístula á las orillas del Passarge. Era su intento empezar suministrando cada día su ración entera á los soldados, y después formar en Osterode, que era el centro de sus cuarteles, un almacén general donde hubiese varios millones de raciones de pan, arroz, vinos y aguardientes. A este efecto quiso utilizar el celo de los polacos, que hasta entonces le habían prestado muy pocos servicios militares, y de los cuales deseaba sacar, por lo menos, algunos servicios administrativos.

Como tenía á Mr. de Talleyrand en Varsovia, le encargó que se pusiera de acuerdo con el gobierno provisional que dirigía los negocios de la Polonia, para cuyo objeto le escribió la siguiente carta, enviándole sus plenos poderes para hacer contratas al precio que quisiera.

Osterode, 12 de marzo, á las diez de la noche.

«Recibo su carta de usted del 10 de marzo á las tres de la tarde. Tengo en Varsovia trescientas mil raciones de galleta. Para venir desde Varsovia á Osterode se necesitan ocho días; haga usted milagros, pero que no me dejen de enviar cincuenta mil raciones todos los días. Procure usted también que se me envíen diariamente dos mil pintas de aguardiente. La suerte de la Europa y los más grandes cálculos penden hoy día de las subsistencias. Batir á los rusos, si logro tener pan, es una puerilidad. Tengo dinero y no me niego á prodigarlo. Cuanto usted haga estará bien hecho siempre que al recibo de ésta se me envíen por tierra, por Mlawa y Zakroczin, cincuenta mil raciones de galleta y dos mil pintas de aguardiente. Todo puede hacerse con ochenta carros cada día, pagados á peso de oro. Si el patriotismo de los polacos no puede hacer este esfuerzo, de poco me sirve su auxilio. La importancia del encargo que doy á usted es más considerable que todas las negociaciones del mundo. Reuna usted al ordenador, al general Lemarrois, á los hombres más influyentes del gobierno. Deje usted correr el dinero, yo apruebo cuanto usted haga; todo lo que necesitamos es galleta y aguardiente. Con las trescientas mil raciones de galleta, y las diez y ocho ó veinte mil pintas de aguardiente que podemos recibir en pocos días, tenemos lo bastante para frustrar las combinaciones de todas las potencias.»

Reunió Mr. de Talleyrand á los miembros del gobierno polaco para tratar de conseguir los víveres y transportes que se necesitaban. No faltaban en Polonia los artículos, porque podían proporcionarse pagándoselos á los judíos al contado; pero los medios de transporte eran muy difíciles de organizar. Se buscaron primeramente dentro del país, pagando sumas considerables; por último, se compraron carros y caballerías, y de este modo se logró establecer tiros desde las orillas del Vístula á las del Passarge. Los víveres circulaban en barcas por el Vístula, y desembarcados luego en Varsovia, Plock, Thorn y Marienwérder, eran transportados á Osterode, centro de los acantonamientos, ya en los arcones de los regimientos, ya en los carros del país, ó bien en los que se habían comprado al efecto con su correspondiente ganado. Buscáronse bueyes por toda la Silesia, pagándolos á buen precio, y fueron llevados á Varsovia. Se procuró hacer acopio de vinos y aguardientes en el litoral del Norte, donde los reúne el comercio en cantidad considerable y de calidad superior. Había ya provisiones en Berlín, en Stettin y en Elbing, y se enviaron por agua hasta Thorn. Mucho hubiera deseado Napoleón proporcionarse doscientas ó trescientas mil botellas de vino para alegrar el corazón de sus soldados. No muy lejos tenía un precioso recurso de esta naturaleza, pero estaba encerrado en la plaza de Dantzig, donde había muchos millones de botellas de excelentes vinos, es decir, lo suficiente para el consumo de algunos meses. No era por cierto el vino el aliciente menos poderoso para que sus soldados tomasen aquella fortaleza.

Esta minuciosa solicitud por el abastecimiento del ejército no podía producir un efecto inmediato; pero mientras esto se verificaba, la industria de nuestros soldados, supliendo á los recursos de que carecían, había logrado sacar todo lo que necesitaban del Nogath, de Elbing, y hasta de los distritos que estaban ocupando. Descubrieron muchos víveres ocultos, y pudo darse tiempo á que llegaran los envíos regulares del Vístula. Las tropas alojadas en los pueblos no hacían ya rondas como las que habían hecho por espacio de cinco meses consecutivos, desde octubre hasta febrero, y esto les proporcionaba un grande alivio. Las avanzadas vivían en barracas, sacando de los bosques circunvecinos los materiales para construirlos, y leña abundante para calentarse. También contribuían á animar algún tanto á nuestros soldados algunos vinos y aguardientes que se encontraron en Elbing, y que se distribuyeron con el mayor orden. Pasados los primeros días, ya se encontraron mejor que en el Narew, primeramente por ser el país menos pobre, y en segundo lugar por la esperanza que tenían de desquitarse, á la vuelta de la primavera, de las penalidades presentes, y de terminar en un día de batalla la terrible lucha en que estaban empeñados.

Empezaban á llegar al Vístula los regimientos provisionales destinados á la conducción de reclutas, muchos de los cuales, trasladados ya al teatro de la guerra, fueron al punto revistados y disueltos, y repartidos entre los regimientos á que pertenecían. De este modo los soldados veían siempre sus filas completas, oían hablar de los numerosos refuerzos que guardaban las espaldas del ejército, y descansaban cada vez más en la vigilancia suprema que proveía á todas sus necesidades. La caballería seguía siendo objeto de la más esmerada solicitud. Formó Napoleón con los jinetes desmontados destacamentos de infantería, y los envió á la Silesia á proporcionarse caballos, de que tanto abunda esta provincia.

En el Passarge y el Vístula se ejecutaban obras inmensas para asegurar la posición del ejército. Todos los puentes del Passarge habían sido destruidos excepto dos, uno para el uso del cuerpo del mariscal Bernadotte en Braunsberg, y otro para el cuerpo del mariscal Soult en Spanden. En cada uno de ellos se construyó una gran cabeza de puente para poder desembocar por el otro lado; pues Napoleón repetía sin cesar á sus lugartenientes, que una línea sólo era fácil de defender cuando permitía al defensor salvarla á su vez para tomar la ofensiva contra el que la atacaba (1). Con dos puentes sobre el Vístula, uno en Mariemburgo y otro en Marienwérder, se aseguraba la comunicación con las tropas del mariscal Lefebvre, encargadas del asedio de Dantzig; y por consiguiente podía el resto del ejército dirigirse hacia ellas ó hacer que se le reunieran, y presentar por todas partes al enemigo una masa compacta. El mariscal Lefebvre se aproximaba á Dantzig, mientras llegaba

(1) «No puede defenderse un río ó una línea cualquiera, escribía á Bernadotte (con fecha 6 de marzo, desde Osterode), sino teniendo puntos ofensivos, porque cuando uno no hace más que defenderse corre inútilmente peligros sin sacar ventaja alguna; pero cuando puede combinarse la defensa con un movimiento ofensivo, el enemigo corre más peligros que el atacado. No deje usted, pues, de hacer trabajar día y noche en las cabezas de puente de Spanden y de Bransberg.» (N. del A.)

la artillería gruesa sacada de las plazas de Silesia para empezar el gran sitio que debía constituir la ocupación y la gloria de aquel invierno. También continuaban con actividad las fortificaciones de Sierock; Praga y Modlin, destinadas á consolidar la posición de Varsovia.

Disponía Napoleón todas estas cosas desde el arrabal de Osterode. Sus soldados tenían pan, patatas, aguardiente, paja para abrigarse y leña para calentarse, y por consiguiente lo pasaban bien; pero los oficiales, que sólo podían proporcionarse, aun recibiendo sus pagas puntualmente, el mismo alimento y la misma vivienda que los soldados, se veían condenados á grandes privaciones. El principal objeto que se propuso Napoleón al permanecer con ellos, fué darles ejemplo de resignación. Los oficiales enviados á Osterode, de cada cuerpo, podían atestiguar si se hallaba allí mejor tratado que el último de ellos; no es, pues, de extrañar si contestando á su hermano José, que se quejaba de los sufrimientos del ejército de Nápoles, se burlaba de sus quejas, acusándole la debilidad de su espíritu, y trazándole el siguiente cuadro:

«Hace dos meses que los oficiales de estado mayor no se desnudan; algunos llevan cuatro meses sin quitarse el uniforme; yo mismo hace quince días que no me quito las botas. Vivimos entre la nieve y el lodo, sin vino, sin aguardiente, sin pan, comiendo sólo patatas y carne, haciendo marchas y contramarchas interminables, sin ninguna especie de distracción y batiéndonos por lo común á la bayoneta, sufriendo la metralla, precisados á enviar nuestros heridos en trineos al descampado, á cincuenta leguas de distancia (aludía á la marcha que había sucedido á la batalla de Eylau, porque en Osterode se estaba ya mejor). Por consiguiente, es una broma muy pesada el comparar las regiones en que nos hallamos con el hermoso reino de Nápoles, donde tienen ustedes vino, pan, sábanas, sociedad, y hasta mujeres. Después de haber destruído la monarquía prusiana, nos estamos batiendo con el resto de la Prusia, con los rusos, con los calmuco, con los cosacos, y con todas las hordas del Norte que invadieron el imperio romano. Hacemos la guerra con todo su ímpetu y con todo su horror. En medio de tan grandes penalidades, todos han estado más ó menos enfermos; yo, por mi parte, nunca he estado más fuerte, y he engruesado.» (Osterode, 1.º de marzo.)

La situación que pintaba Napoleón había mejorado ya mucho en Osterode, al menos para sus soldados. Pero si nosotros sufríamos, sufrían los rusos mucho más, y su miseria era verdaderamente horrible. Sus batallones, que al comenzar las operaciones eran de quinientos hombres, estaban en la actualidad reducidos á trescientos, doscientos, y aun ciento cincuenta. Acababan de hacerse prisioneros diez juntos que no ofrecían ni este último número. Los rusos sólo habían podido hacer frente á Napoleón exponiendo su ejército á una destrucción completa, de modo que no podían ya volver á presentarse en batalla campal. Se envió á decir á San Petersburgo en nombre de todo el cuerpo de generales, que si las fuerzas que quedaban no se aumentaban en un duplo por lo menos, no podrían hacer más que huir á vista de los franceses. Además, todos los oficiales rusos, llenos de admiración hacia nuestro ejército, y penetrados de que en la esencia más bien se esta-

ban batiendo por la Inglaterra y por la Prusia que por su patria, deseaban la paz y la pedían á voz en grito.

Sus tropas, que no tenían quien las abasteciera, como Napoleón con superior previsión abastecía las suyas, perecían de hambre; cansadas de sufrir, ya no se batían con nuestras tropas; encontrábanse con ellas merodeando, y ni siquiera las ofendían; no parecía sino que unas y otras obraban de concierto para atenuar los horrores de aquella situación. Hasta sucedía algunas veces que los infelices cosacos, impulsados por el hambre y expresándose por gestos, acudían á pedir pan á nuestros soldados, confesándoles que estaban sin comer hacía muchos días; y éstos, siempre dispuestos á la compasión, les daban patatas, que era lo único que tenían sin tasa. ¡Qué espectáculo tan singular ofrece este acatamiento de los instintos de humanidad entre las crueldades mismas de la guerra!

Sabía Napoleón que aunque había sufrido mucho daño, le había hecho sufrir aún mayor al enemigo; pero tenía que desmentir los falsos rumores que se habían esparcido en Varsovia, en Berlín, y sobre todo en París. Sólo su prodigiosa gloria refrenaba los ánimos, siempre independientes en Francia, siempre malévolos en Europa, pudiendo ya presentir que al primer revés de trascendencia se le enajenarían unos y otros. Por eso nunca necesitó hacer más esfuerzos ni desplegar un carácter más enérgico para dominar la opinión pública. Habíanse enviado de París al cuartel general varios auditores jóvenes con el despacho de los diversos ministerios; y éstos, poco acostumbrados al espectáculo que hería su vista, escribían, lo mismo que los oficiales descontentos ó más conmovidos que de costumbre con los horrores de aquella guerra, cartas llenas de exageración.—Póngase usted de acuerdo con Mr. Daru, decía Napoleón á Mr. Maret, en una de sus cartas, para que se lleven á los auditores que son inútiles, que están aquí perdiendo el tiempo, y que, poco acostumbrados á los acontecimientos de la guerra, sólo escriben á París necesidades. Quiero que en lo sucesivo traigan los trabajos los oficiales de estado mayor.—Por lo tocante á las relaciones sobre la batalla de Eylau de ciertos oficiales, que el mismo Fouché le designaba como inventores de los falsos rumores esparcidos en París, respondía Napoleón que no había que darles crédito.—Mis oficiales, decía, saben tanto lo que pasa en mi ejército, como los ociosos que se pasean por el jardín de las Tullerías saben lo que se delibera en el gabinete (1). Por otra parte, el entendimiento humano es propenso á la exageración... Las pinturas sombrías que les han hecho á ustedes de nuestra situación, proceden de los charlatanes de París, forjadores de embustes...; nunca la posición de la Francia fué más grande ni más gloriosa. Por lo tocante á Eylau, he dicho y he repetido que el Boletín ha exagerado nuestra pérdida; y además, ¿qué son para una gran batalla dos ó tres mil muertos? Cuando vuelva con mi ejército á Francia y al Rhin, se verá que no son tantos los que faltan á la lista. Cuando hicimos nuestra expedición á Egipto, las correspondencias del ejército, interceptadas por el gabinete británico, salieron á luz, y produjeron la expedición de los ingleses, que, sin embargo de ser descabellada y de deber salir

(1) 13 de abril.

mal, salió bien porque así lo había dispuesto el destino. También entonces se decía que carecíamos de todo en Egipto, en la región más fértil del universo; se decía que nuestro ejército había quedado destruído, y yo hice volver á Tolón ocho novenas partes de su fuerzal. Los rusos se atribuyen la victoria; lo mismo hicieron después de Pultusk y después de Austerlitz; pero lejos de haber vencido, han sido perseguidos á pinchazos hasta dentro del tiro de Koenigsberg. Han dejado en el campo muertos quince ó diez y seis generales, y su pérdida ha sido inmensa; hemos hecho en ellos una verdadera carnicería.

Diéronse á luz varios fragmentos de cartas del mayor general Berthier, en que se hablaba de los peligros que había corrido Napoleón.—Se ha publicado, escribió al archicanciller Cambaceres, que yo mando mis avanzadas en persona y es una necesidad...; he rogado á usted que no permita insertar en el Monitor más que los Boletines; de lo contrario me hará usted guardar silencio, y entonces serán mayores sus inquietudes... Berthier escribe desde el campo de batalla, y cansado, sin imaginar siquiera que hayan de publicarse sus cartas... (Osterode, 5 de marzo.)

De modo que Napoleón no quería que se encareciese su valor personal, porque este mismo valor venía á ser un peligro. Con esto daba á entender muy claramente que aquella monarquía militar era una monarquía sin pasado y sin porvenir, puesta á la merced de una bala de cañón.

De los transportes de júbilo causados por los portentos de Austerlitz y Jena, se pasó en Francia á un estado de verdadera inquietud, y quedó París triste y desierto, porque el emperador y los jefes del ejército, que componían una gran parte de la alta sociedad de aquel reinado, estaban ausentes. La industria padecía también. Mandaba Napoleón á sus hermanos y á los príncipes Cambaceres y Lebrún que diesen funciones, deseando que llenasen de este modo el hueco que había dejado su ausencia. Encargó que se hiciese en Fontainebleau, en Versalles, en Compiègne y en Saint-Cloud, una revista de todo el mueblaje de la corona, y que se destinasen varios millones de su bolsillo particular para comprar estofas en las fábricas de Lyon, Ruan y San Quintín, ordenando al mismo tiempo que estas subvenciones se proporcionasen no á las necesidades de las residencias imperiales, sino á las necesidades de la industria. Aunque por lo común solía reprimir la prodigalidad de la emperatriz y de sus hermanas, en esta ocasión hizo todo lo contrario, y puede decirse que la estimuló. Quiso que la caja de amortización, es decir, el tesoro del ejército destinase un millón mensual á prestar cantidades á las principales fábricas, admitiendo en depósito mercaderías, y dispuso se redactase un proyecto para convertir esta medida accidental en una institución permanente que tuviese por objeto, como él mismo decía, no una caja de socorros para los que hacen bancarrotas, sino una caja de previsión destinada á sostener las fábricas que ocupaban muchos brazos, y que se verían precisadas á despedirlos si no se les facilitaba el modo de sostenerlos.

Imaginó por fin un medio extraordinario para proporcionar capitales al comercio, introduciendo al mismo tiempo una notable mejora en la administración de

la Hacienda. En aquella época, lo mismo que ahora, no se recaudaba con exactitud en el año correspondiente el total de las contribuciones, por lo cual las obligaciones de los recaudadores generales que representaban el impuesto, sólo vencían, al menos en parte, tres ó cuatro meses después de transcurrido el año, es decir, en marzo, abril ó mayo del año siguiente. Por lo tanto, había que descontarlas, y de esto solían encargarse los especuladores, haciendo con ellas un agiotaje muy activo. Tal era la deuda flotante de aquella época, á la cual se hacía frente con las obligaciones de los recaudadores generales, substituídas para el mismo objeto con los bonos reales de ahora. Este descuento reclamaba de los capitalistas de París un capital de ochenta millones de francos. Imaginó Napoleón establecer que, por ejemplo, para el año 1808 la porción de las obligaciones que sólo debían vencer en 1809, se aplicasen al presupuesto de este mismo año y así sucesivamente, de modo que todos los servicios se cubriesen con las obligaciones que vencían en sus años respectivos. Sólo faltaba cubrir el déficit de 1808, que resultaba de las obligaciones adjudicadas al presupuesto de 1809; faltaba, pues, proporcionarse una suma de ochenta millones. Propuso Napoleón sacarla de un empréstito que hiciese al tesoro del Estado el tesoro del ejército á un tipo moderado. «De este modo, escribía, todas mis obligaciones vencerían en el espacio de doce meses; el tesoro público economizaría cinco ó seis millones de gastos de negociación; nuestras manufacturas y nuestro comercio ganarían inmensamente, puesto que quedarían ochenta millones vacantes que, no pudiendo ingresar en el tesoro, entrarían en el comercio.» (Osterode, 1.º de abril.) Nota dirigida al príncipe Cambaceres.

Mandó que se fabricasen en el mismo París una cantidad considerable de zapatos, botas, arneses y carros de artillería, para dar ocupación á los obreros de la capital. Los objetos fabricados allí eran de mejor calidad que los que se fabricaban en otras partes. Sólo faltaba trasladarlos á Polonia, y para esto imaginó un expediente tan sencillo como ingenioso. Había en aquella época una compañía encargada de los transportes del ejército, la cual suministraba por un precio determinado los carros que llevaban el pan, los bagajes y todo el séquito por fin que llevan las tropas, aunque estén equipadas muy á la ligera. Había llamado su atención en medio de los lodazales de Pultusk y de Golymin el poco celo de aquellos trajineros, que acompañaban á su ejército puramente por interés, y su poco valor en los peligros; y del mismo modo que pensó organizar militarmente á los conductores de la artillería, quiso también organizar á los conductores de los bagajes, juzgando que por ser el peligro casi igual para todos los que asisten á los diversos servicios de un ejército, convenía unirlos á todos con el vínculo del honor, y tratarlos como militares para imponerles sus mismos deberes. Con este objeto mandó formar sucesivamente en París batallones trajineros, encargados de la conducción de los equipajes, de la construcción de los carros y cajones, y de la compra de los caballos de tiro, y que, cuando estuviese organizado su personal y su material, fuesen enviados al Vístula. Estos trajineros militares debían conducir todos los objetos de equipo fabricados en París, los cuales podían llegar al Vístula muy á

tiempo, porque el transporte requería dos meses, y era muy posible que la guerra durase todavía cinco ó seis. Proponíase Napoleón, con este conjunto de medidas, remediar la paralización momentánea del comercio, y suplir al consumo regular con el consumo excepcional de aquella época de guerras. En efecto, no suele ser menor el uno que el otro, y no faltando el dinero, una administración entendida puede suministrar á los productores el trabajo que antes les ofrecía la paz, y proporcionarles el modo de ganarse la vida entre los mismos azares de la guerra.

Tal era la multitud de asuntos que le ocupaban en el arrabal de Osterode, habitando una especie de granero, desde donde contenía á la Europa y gobernaba su imperio. Dispúsole por fin una morada más decorosa en Finkenstein, que era una casa de campo propia de un empleado de la casa real de Prusia, en la cual pudo alojarse con su estado mayor y su corte militar. Allí, como en Osterode, ocupaba el centro de sus acantonamientos, y podía trasladarse á cualquier punto donde fuese necesaria su presencia. Enviábasele cada semana la cartera de cada ministerio, y consagraba su atención lo mismo á los negocios grandes que á los pequeños; ni los mismos teatros eludían desde tan lejos su activa vigilancia. Habían compuesto en honor suyo versos y música que le parecieron malos, y mandó componer otros, que si bien le alababan menos, expresaban sentimientos más elevados y en más digno lenguaje, y dispuso se diesen las gracias y se recompensase á sus autores, añadiendo estas palabras memorables: *El mejor modo de alabarme es escribir cosas que inspiren sentimientos heroicos á la nación, á la juventud y al ejército.*

—Leía con atención los periódicos, recorría las sesiones de la Academia francesa, y quería que se corrigiese toda peligrosa tendencia en los escritores y que se vigilase sobre los discursos pronunciados en la Academia. Consideraba como perniciosos los ataques del *Diario del Imperio* y del *Mercurio de Francia* contra los filósofos: «Es necesario, decía, poner á la cabeza de esos diarios, que afectan la religión hasta rayar en fanatismo, un hombre de juicio; porque en vez de combatir los excesos del sistema exclusivo de algunos filósofos, atacan la filosofía y los conocimientos humanos. En vez de contener por medio de una sana crítica á los escritores del siglo, los desalientan, los menosprecian y los envilecen... No hablo de opiniones políticas; no se necesita ser muy sagaz para conocer que si se atreviesen á ello no serían más sanas que las del *Correo francés* (1).»

La Academia francesa acababa de reunirse para la recepción del cardenal Maury, que había sido llamado á Francia y vuelto á la posición del sillón que en otro tiempo había ocupado. El presbítero Sicard, designado para contestarle, se había expresado en términos poco decorosos acerca de Mirabeau; el recipiendario había

(1) La actividad del espíritu francés no se desplegaba sólo en los campos de batalla; también en el campo de la filosofía y de la literatura se daban á la sazón los más encarnizados combates. Pero estas eran verdaderas contiendas civiles. Los enciclopedistas y volterrianos tenían su órgano en un periódico titulado la *Década filosófica*, que escribían principalmente Guinguené, Andrieux y Chenier; y los partidarios de las ideas religiosas y monárquicas lo tenían en el *Mercurio*, que redactaban el eminente pensador Bonald, Mr. de Fontanes, Chateaubriand, Esmenard, y otros hombres notables por su sana filosofía. (N. del T.)

hecho otro tanto, y aquella sesión académica había dado origen á una especie de desencadenamiento contra la revolución y los revolucionarios. Napoleón, afectado de una manera desagradable, escribió al ministro Fouché: «Recomiendo á usted que no haya reacciones en la opinión. Haga usted hablar de Mirabeau con elogio. En esa sesión de la Academia he visto cosas que me desagradan. ¡Cuándo tendremos juicio!.. ¡Cuándo nos mostraremos animados de la verdadera caridad cristiana, encaminando nuestras acciones á no humillar á nadie! ¡Cuándo nos abstendremos de despertar esos recuerdos que hieren tantos corazones!» (Finkenstein, 20 de mayo.)

Supo en otra ocasión, por las noticias de todo género que recibía, que pagaba con generosidad y repasaba con cuidado, que en la administración de la ópera había discordias intestinas y que se perseguía á un tramoyista por un cambio de decoración mal ejecutado. — No quiero rencillas en ninguna parte, escribía á Mr. Fouché; no quiero que N... sea víctima de un accidente casual; *mi costumbre es sostener á los desgraciados; que suban las actrices á las nubes ó que dejen de subir*, no quiero que se aproveche nadie de eso para intrigar (12 de abril). Al mismo tiempo desplegaba una solicitud extremada en favor de las casas de educación, y de la de Ecouén principalmente, donde debían educarse las hijas de los legionarios pobres. Quería, según escribía á Mr. de Lacedepede, que se formasen en aquel establecimiento mujeres sencillas, castas y dignas de unirse con los hombres que le hubieran servido fielmente, así en el ejército como en la administración. Para hacerlas tales, era menester en su concepto que fuesen educadas con sentimientos de una piedad sólida. — Para la escuela de Fontainebleau, decía, sólo he dado á las instituciones religiosas una importancia secundaria, porque en ella sólo se trata de formar oficiales; pero con respecto á Ecouén, es diverso; porque hay que formar allí mujeres que han de ser esposas y madres de familia. Éstas han de ser creyentes y no razonadoras. *La debilidad del sexo femenino, la inconsistencia de sus ideas, su destino en la sociedad y la necesidad de inspirarles con una perpetua resignación una caridad natural y afable, hacen para ellas indispensable el yugo de la religión.* Deseo que las que salgan de allí, sean no de trato entretenido, sino virtuosas; *que sus atractivos estén en su corazón más que en sus talentos.* — Encargaba mucho, con este objeto, que aprendiesen la historia y la literatura, sin hacerlas estudiar lenguas muertas y ciencias demasiado encumbradas; que se las enseñase algo de física para que pudiesen contribuir á disipar la ignorancia popular, algo de medicina doméstica, de botánica, de música, de baile, *pero no el de la ópera*; el arte de contar y el de trabajar en labores de toda especie. Conviene, añadía, «que sus aposentos estén amueblados con labores de su propia mano, que se hagan ellas mismas sus camisas, sus medias, sus vestidos y sus tocados, y que puedan en caso necesario coser la envoltura de sus hijos: quiero sacar de esas doncellas mujeres útiles, seguro de que así solamente será su trato agradable. Si consintiese yo que se las educase para amenizar la sociedad, en breve se convertirían en señoritas insufribles.» (Finkenstein, 15 de mayo).

Algunas veces esta prodigiosa actividad se convertía

de vigilancia bienhechora en desconfianza recelosa, lo cual no puede menos de suceder á todo soberano nuevo y absoluto, y entonces se dedicaba Napoleón á la policía para saber quién entraba y salía en París.

Supo que madama de Staël había vuelto á la capital, y que había recorrido ya varias casas de campo de las cercanías, donde había hablado más de una vez en términos hostiles, y diciendo que si él no intervenía comprometería ella á muchos buenos ciudadanos, á quienes tendría luego precisión de castigar, mandó, á pesar de las muchas instancias que le hicieron en contrario, que fuese expulsada de París. Como desconfiaba del ministro Fouché, que condescendía á menudo con las personas influyentes, le mandó que la hiciese salir sin demora, y encargó al archicanciller Cambaceres que vigilase sobre el cumplimiento de aquella orden (26 de marzo). Al mismo tiempo recibía informes de que la policía había hecho salir de París á un antiguo convencional llamado Ricord. Nadie pedía por él, ningún personaje se interesaba porque se le tratase con miramiento, porque la reacción los arrastraba á todos, y ya no había favor ni humanidad para los llamados revolucionarios.

— «¿Por qué razón, escribió Napoleón al ministro Fouché, por qué echan ustedes de París al convencional Ricord? Si es un hombre pernicioso, no se le debió haber dejado entrar infringiendo las leyes del año VIII; pero ya que se le ha consentido, es preciso dejarle en paz. Poco importa lo que hizo en otro tiempo. Bajo la Convención se condujo como un hombre que quería vivir y gritó á la moda de entonces. Ahora que está acomodado no entrará en conspiraciones para subsistir. Déjesele, pues, en París, á no ser que haya razones muy poderosas para estorbárselo» (6 de marzo). Por el mismo deseo de saberlo todo, llegó á descubrir, por noticia de Monge y de Laplace, que el sabio Mr. de Berthollet, á quien honraba y quería muy particularmente, vivía con bastante estrechez y algunos apuros, y le escribió en estos términos: «Acabo de saber que necesita usted ciento cincuenta mil francos. Envío órdenes á mi tesorero de poner esta cantidad á la disposición de usted, holgándome de que se me proporcione esta ocasión de serle útil y de darle una prueba de mi estimación.» (Finkenstein, 1.º de mayo.)

Dirigía después á sus hermanos el de Holanda y el de Nápoles, Luis y José, nuevos consejos sobre el modo de reinar. Echaba en cara á Luis su inclinación á favorecer, por mera vanidad de rey salido de la nada, al partido del antiguo régimen, es decir, al partido orangista; el crear mariscales sin tener un ejército, y el haber instituido una orden que prodigaba igualmente entre franceses desconocidos y entre holandeses que no le habían prestado servicio alguno. A José le censuraba de débil y flojo, y de ocuparse más en reformas de pura vanidad que en la sumisión de las Calabrias, y de haber hecho preceder á la supresión de los regulares, medida que merecía su completa aprobación, un preámbulo que más parecía redactado por filósofos que por hombres de gobierno. Ese preámbulo, le decía, debía haberse escrito con el lenguaje de un pontífice ilustrado, que suprime las comunidades como inútiles á la religión y onerosas para la Iglesia. Formo yo muy mala idea de un gobierno *cuyos actos dirige la manía del ingenio* (14 de abril). — Estás, le escribía, demasiado

contaminado por los sabios y los literatos, *que no son más que coquetas, con quienes sólo se puede tener trato de mera galantería, pero que nunca pueden servir ni de mujeres ni de ministros.* Le afeaba el hacerse ilusiones sobre su situación en Nápoles y el suponerse muy querido cuando apenas hacía un año que ocupaba aquel trono. ¿Qué sería de ti, le escribía, si no hubiera treinta mil franceses en Nápoles? Después que hayas reinado veinte años y te hayas hecho *temer y estimar*, entonces podrás creer consolidado tu trono. Y concluía trazándole este cuadro de la situación de los franceses en Polonia. «Vosotros estáis en Nápoles comiendo guisantes y quizá buscando ya la sombra; nosotros, por el contrario, estamos aún en el mes de enero. He mandado ya abrir trincheras delante de Dantzig, y empiezan ya á reunirse en ellas cien cañones y doscientas mil libras de pólvora. Nuestras fortificaciones están á sesenta toesas de la plaza, cuya guarnición se compone de seis mil rusos y veinte mil prusianos mandados por el mariscal Kalkreuth. Espero tomarla dentro de quince días... Vive sin cuidado.» (Finkenstein, 19 de abril.)

Tales eran en medio de las nieves de la Polonia las diversas ocupaciones de este genio extraordinario, que lo abarcaba todo, lo vigilaba todo, y aspiraba no sólo á dominar á sus soldados y agentes, sino los mismos áni-

mos; quería no sólo obrar, sino también pensar por todos, propenso las más veces al bien, aunque otras en su actividad incesante se dejase arrastrar al mal, como le sucede á todo el que se presume omnipotente y no halla ningún obstáculo á sus propios impulsos; que impedía, ya las reacciones, ya las persecuciones, y después, rodeado de inmensa gloria, se mostraba sensible á la punzada de una lengua enemiga, hasta el punto de declinar su grandeza para perseguir á una mujer el mismo día que amparaba á un miembro de la Convención contra el espíritu reaccionario de aquel momento. Holguémonos de ser por fin solamente súbditos de la ley, de una ley igual para todos, y que no nos expone á depender de los buenos ó malos movimientos del ánimo aun cuando sea el más grande y el más generoso. Sí, la ley vale más que cualquiera voluntad humana, sea la que fuere! Pero seamos sin embargo justos con aquella voluntad que supo llevar á cabo empresas tan prodigiosas, que las acabó con nuestras manos, que empleó su fecunda energía en reorganizar la sociedad francesa, en reformar la Europa, en extender al mundo entero nuestro poderío y nuestros principios, y que de todo cuanto hizo con nosotros, si bien no pudo dejarnos el poder, que es perecedero, nos dejó al menos la gloria, que no perece: la gloria á la cual cede á veces todo poderío!